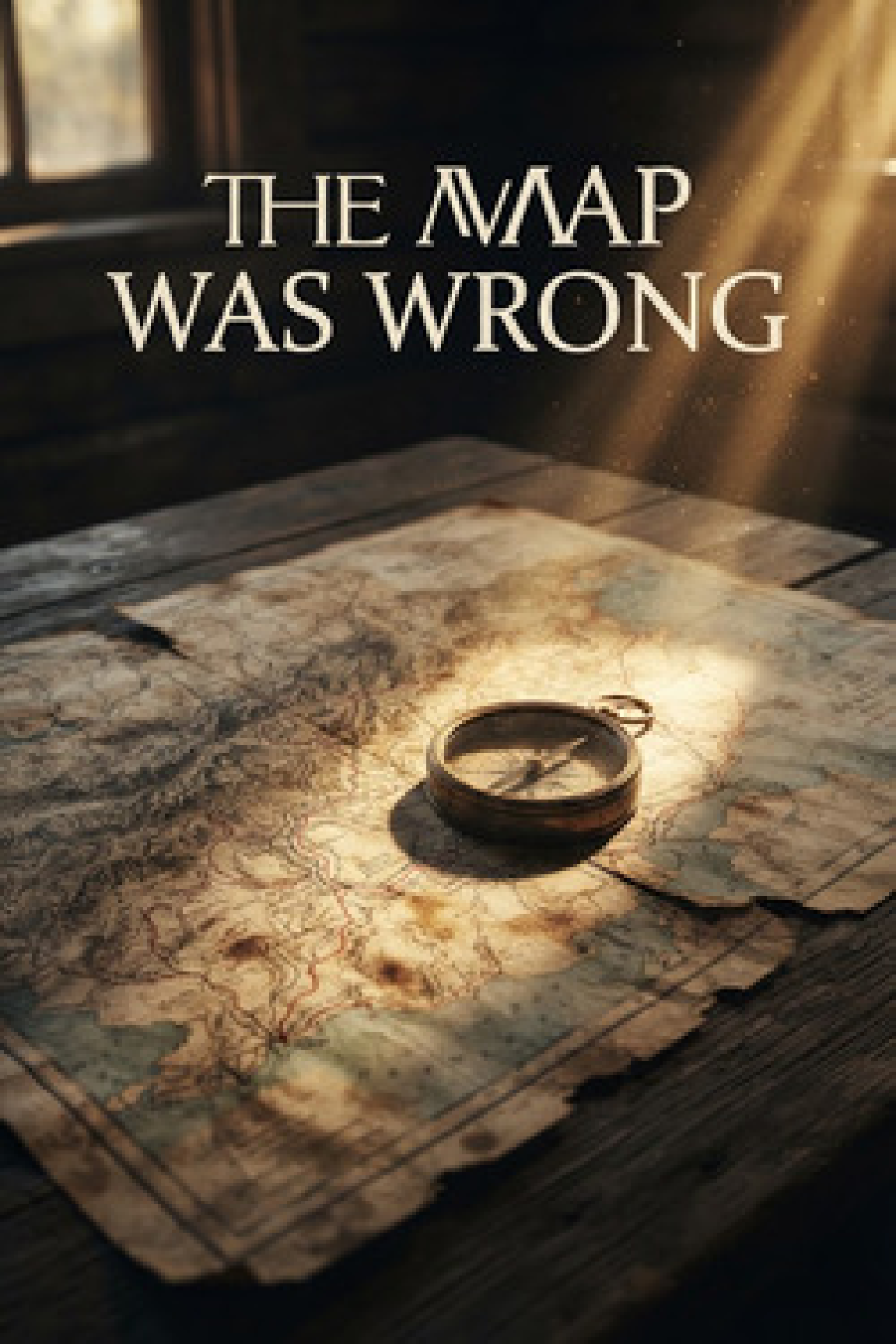

THE MAP
WAS WRONG

PARTE II

UMBRAL 1

El Mapa Estaba Equivocado

Hay una extraña arrogancia que acompaña a los seres humanos.

Creemos poder prever la vida.

Pasamos años construyendo planes.

Objetivos a cinco años.

Estrategias a diez años.

Presupuestos.

Proyecciones.

Calendarios.

Mapas.

Luego llega la realidad.

Y la realidad nunca ha leído nuestros programas.

Durante mucho tiempo había creído que la experiencia producía previsibilidad.

Cuanto más aprendes.

Cuanto más conoces.

Cuanto más viajas.

Más deberías ser capaz de entender qué sucederá.

Parecía lógico.

Parecía razonable.

Parecía incluso científico.

Luego la vida se divirtió demostrando lo contrario.

Los giros más importantes llegaron siempre sin cita.

Ninguna reserva.

Ningún aviso previo.

Ninguna advertencia.

Simplemente llegaban.

A veces en forma de oportunidad.

A veces en forma de pérdida.

A veces en forma de encuentro.

A veces en forma de enfermedad.

La diferencia se comprende solo después.

Cuando estás dentro parecen todas la misma cosa.

Una interrupción.

Un cambio repentino.

Una desviación.

Observando el recorrido hecho hasta ese momento, empezaba a notar un dibujo curioso.

Cada vez que estaba convencido de haberlo entendido todo, sucedía algo que cambiaba la pregunta.

Y cuando cambia la pregunta, también la respuesta pierde valor.

Recuerdo un periodo particular de mi vida.

Tenía experiencia.

Responsabilidad.

Resultados.

Conocimientos.

Todo parecía sugerir una trayectoria bastante clara.

Estaba convencido de que el futuro seguiría una cierta dirección.

No porque fuera presuntuoso.

Porque los datos parecían decirlo.

Luego la vida hizo lo que sabe hacer mejor.

Cambiar la mesa de juego.

No las reglas.

La mesa.

Esta es la parte que casi nadie cuenta.

Cuando la mesa cambia, la experiencia acumulada no desaparece.

Pero se vuelve insuficiente.

Hay que aprender de nuevo.

Observar de nuevo.

Escuchar de nuevo.

Es humillante.

Y al mismo tiempo extraordinario.

Porque nos recuerda que somos estudiantes mucho más tiempo de lo que creemos.

Con el paso de los años empecé a apreciar la imprevisibilidad.

No porque fuera cómoda.

Nunca lo es.

Sino porque era honesta.

La imprevisibilidad obliga a las personas a mostrarse tal como son.

Cuando todo sigue el plan, cualquiera puede parecer competente.

Cuando el plan desaparece, emerge el carácter.

Las personas que más admiro no son las que habían previsto correctamente el futuro.

Son las que supieron atravesar futuros que no habían previsto.

Esta es una competencia distinta.

Mucho más rara.

Mucho más humana.

Vivimos en un mundo que premia a quien parece seguro.

A quien habla con certeza.

A quien promete resultados.

A quien ofrece previsiones.

Yo, con el tiempo, empecé a fiarme más de las personas que saben convivir con la incertidumbre.

Porque la incertidumbre no es un error del sistema.

Es el sistema.

El universo nunca ha firmado un contrato de previsibilidad con nadie.

Y sin embargo seguimos sorprendiéndonos.

Seguimos protestando.

Seguimos considerando lo imprevisto como una excepción.

Quizás deberíamos hacer lo contrario.

Considerarlo la norma.

Cuando finalmente aceptas esta idea, algo cambia.

Dejas de perseguir el control absoluto.

Dejas de exigir garantías.

Dejas de vivir como si el futuro fuera una propiedad privada.

Y empiezas a vivir como un explorador.

Con atención.

Con respeto.

Con curiosidad.

Recuerdo una frase que la vida me enseñó sin usar palabras:

Las mejores cosas y las peores cosas nunca envían una carta de presentación.

Llegan.

Entran.

Modifican el paisaje.

Luego se van, dejando consecuencias.

Nos toca a nosotros decidir qué hacer con ellas.

Mirando atrás, me doy cuenta de que muchas de las experiencias que considero fundamentales nunca habrían superado una evaluación racional previa.

Eran demasiado arriesgadas.

Demasiado improbables.

Demasiado complicadas.

Demasiado distintas de lo que había imaginado.

Y sin embargo son precisamente esas las que construyeron la persona en que me convertí.

Por eso hoy ya no considero la previsibilidad una virtud.

La considero una comodidad.

La verdadera virtud es otra.

Permanecer abiertos.

Permanecer atentos.

Permanecer capaces de aprender.

Incluso cuando la vida cambia la mesa.

Incluso cuando el destino modifica la pregunta.

Incluso cuando el futuro entra en la habitación sin llamar.

Porque existe una verdad que aprendí atravesando continentes, crisis, relaciones, éxitos y fracasos.

Las cosas más importantes de mi vida siempre han sucedido más allá de toda previsión.

Y fue precisamente allí donde empezaba la mejor parte de la historia.